

GIAMPIERO GAMBARO, OFM Cap

LA ÚLTIMA SEMANA DE JESÚS

El Evangelio de Marcos nos cuenta los últimos días de Jesús en Jerusalén



INTRODUCCIÓN

LA PRIMERA PASIÓN DE JESÚS

Este libro trata sobre la última semana de la vida de Jesús. Una semana de extraordinaria importancia para los cristianos que culmina en los eventos del Viernes Santo y el Domingo de Pascua, es el tiempo más sagrado, la Semana Santa. Siendo tan importante y central, la consideración y reflexión sobre los métodos y el contenido de las historias que nos recuerdan estos días merece una atención particular.

No tiene la intención de reconstruir históricamente la última semana de Jesús en la tierra. El objetivo no es distinguir entre lo que realmente sucedió y cómo lo recordaron los evangelios. Mucho más simple, nuestra tarea es contar y explicar en el contexto de la colaboración entre los sumos sacerdotes y las autoridades romanas, la última semana de la vida de Jesús en la tierra como se cuenta en el evangelio de Marcos.

El evangelio de Marcos fue elegido por dos razones. Marcos es el primero de los evangelios, la primera historia narrativa de la última semana de Jesús y Marcos nos transmite cómo se contó la historia de Jesús en los años 70. Como tal, por lo tanto, no es un manual de historia, como los otros evangelios, es un conjunto de historia recordada e historia interpretada. Cuenta la historia de Jesús 'actualizado' en el momento en que vivía la comunidad Cistina de la cual Marcos era miembro.

Durante casi doscientos años, los estudiosos han acordado que el evangelio de Marcos fue el primero de los cuatro evangelios y que Mateo y Lucas lo usaron como la fuente principal de sus escritos y que probablemente Juan utilizó los primeros borradores para escribir su evangelio. Pero hay otra razón para elegir a Marcos. De hecho, solo Marco narró los eventos que nos interesan como una crónica de la última semana de Jesús, día a día, los demás no mantuvieron las indicaciones de los escaneos temporales de los eventos. Así es como Marco introdujo el escaneo de tiempo:

- Domingo "Cuando estaban por acercarse a Jerusalén ..." (Mc 11, 1)
- Lunes "Al día siguiente ..." (Mc 11,12)
- Martes "Aquella mañana ... " (Mc 11.20)
- Miércoles "Faltaban dos días antes de Pascua..." (Mc 14, 1)
- Jueves "El primer día de los Azimos ..." (Mc 14, 12)
- Viernes "Tan pronto como amaneció ..." (Mc 15,1)
- Sábado "El Shabat ..." (Mc 15,42; 16,1)
- Domingo "El primer día de la semana, en la mañana temprano ..." (Mc 16,2)

Además, Marcos especifica los eventos que ocurrieron en la mañana y los del domingo de Ramos, lunes y jueves.

Finalmente, solo Marco relata los eventos del Viernes Santo distintos por intervalos precisos de tres horas según el patrón de los turnos de guardia utilizados por el ejército romano:

a las seis de la mañana	"Mientras amanecía" (Mc 15,1)
a las nueve	"Eran las nueve de la mañana" (Mc 15,25)
mediodía	"Era mediodía" (Mc 15,33)
a las tres de la tarde	"Eran las tres de la tarde" (Mc 15,34)
a las seis de la tarde	"Tan pronto como llegó la tarde" (Mc 15,42)

En otras palabras, solo Marcos quería ser cuidadoso al contarnos acerca de la última semana de Jesús de acuerdo con un cronograma para hacernos seguir las palabras y los gestos de Jesús más de cerca y así evitar omitir algunos detalles.

La liturgia cristiana redujo la Semana Santa a los últimos tres días y comenzó a llamar el Domingo de Ramos como Domingo de Pasión. La pérdida de la presencia de la multitud entusiasta detrás de Jesús durante los eventos de la primera parte de la Semana Santa podría debilitar y tal vez incluso negar el significado de la muerte y, por lo tanto, también de la resurrección. Esperemos que este libro proporcione una base narrativa correcta y apropiada para la liturgia y para comprender la muerte y resurrección de Jesús. Esta reflexión es muy importante después de dos mil años de antisemitismo teológico, tal vez ha llegado el momento de releer el texto, seguirlo de cerca y comprender su lógica narrativa.

La película de Mel Gibson, *La Pasión de Cristo*, estrenada en los cines un Miércoles de Ceniza hace años, convirtió a la muerte de Jesús en una "gran noticia", noticia de primera plana en los medios de todo el mundo. La película fue la causa de controversia y subrayó la división dentro de la comunidad cristiana sobre el significado de estos eventos. Muchos lo recibieron con entusiasmo y lo proclamaron un instrumento muy poderoso de evangelización. Muchos fueron conmovidos por los retratos e imágenes del sufrimiento de Cristo "por nosotros". Otros cristianos, sin embargo, estaban más perplejos sobre todo por la imagen que surgió de los judíos y el mensaje que la película podía transmitir, es decir, que todos nosotros somos de alguna manera responsables de la muerte de Jesús: debido a nosotros, Jesús tuvo que aceptar todo este horror.

La película también tuvo otro efecto, el de forzar una comprensión algo limitada de la "pasión" de Jesús. Mel Gibson, de hecho, fundó su trabajo en el texto de Anna Caterina Emmerich *La dolorosa pasión de Nuestro Señor Jesucristo*, ambos entendieron el término 'pasión' en el *significado* latino de *passio*, sufrimiento. Pero en los idiomas italiano y occidental, el término 'pasión' también tiene otro significado, el de interés, ese deseo que te consume, el compromiso concentrado y absoluto. En este sentido, la pasión de una persona es lo que le apasiona. En este libro jugaremos con la ambigüedad entre estos dos significados, uno contra el otro. La primera pasión de Jesús fue, es y será el reino de Dios, encarnar la justicia de Dios al exigir que todos puedan obtener justicia y que el mundo sea considerado de Dios y gobernado por el Pacto con el Dios de Israel. Fue esta primera pasión de Jesús la que inevitablemente lo llevó a la segunda pasión, es decir, debido a la justicia punitiva realizada por Pilato. Antes y después de Jesús, y para los cristianos en Jesús, muchos de los que viven en la no violencia y justicia de Dios a menudo mueren por injusticias violentas. En este libro, entonces, consideraremos lo que le apasionó a Jesús como el camino que lo llevó a morir el Viernes Santo. Restringir el campo de la pasión de Jesús a sus últimas doce horas, arresto, juicio, tortura y crucifixión significa ignorar la conexión entre su vida y su muerte.

PRIMER DIA

DOMINGO DE RAMOS

Cuando se aproximaban a Jerusalén, estando ya al pie del monte de los Olivos, cerca de Betfagé y de Betania, Jesús envió a dos de sus discípulos, diciéndoles: «Vayan al pueblo que está enfrente y, al entrar, encontrarán un asno atado, que nadie ha montado todavía. Desátenlo y tráiganlo; y si alguien les pregunta: «¿Qué están haciendo?», respondan: «El Señor lo necesita y lo va a devolver en seguida». Ellos fueron y encontraron un asno atado cerca de una puerta, en la calle, y lo desataron, algunos de los que estaban allí les preguntaron: «¿Qué hacen? ¿Por qué desatan ese asno?». Ellos respondieron como Jesús les había dicho y nadie los molestó. Entonces le llevaron el asno, pusieron sus mantos sobre él y Jesús se montó. Muchos extendían sus mantos sobre el camino; otros, lo cubrían con ramas que cortaban en el campo. Los que iban delante y los que seguían a Jesús, gritaban: «¡Hosana! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Bendito sea el Reino que ya viene, el Reino de nuestro padre David! ¡Hosana en las alturas!». Jesús llegó a Jerusalén y fue al Templo; después de observarlo todo, como ya era tarde, salió con los Doce hacia Betania. (Mc 11, 1-11)

En aquella jornada primaveral del 30 d.C., al inicio de la semana de *Pesah*, la semana *más sagrada* del calendario judío, dos procesiones entraron a Jerusalén. Durante siglos, los cristianos han celebrado y recordado este día como el Domingo de Ramos, el primer día de la Semana Santa que, con su clímax el Viernes Santo y el Domingo de Pascua, representa también la semana más sagrada.

La primera fue una procesión de campesinos, la otra imperial. Jesús montó un burro entrando a Jerusalén desde el este por las laderas del Monte de los Olivos con sus seguidores, vino de la aldea rural de Nazaret y su mensaje se refería a la venida del reino de Dios, también sus seguidores, los otros miembros de la procesión, provenían de la clase campesina. El viaje de Galilea a Jerusalén fue de unos ciento cincuenta kilómetros, un viaje que representa la sección central y la dinámica principal de la historia del Evangelio de Marcos. La historia de Jesús y el reino de Dios escrita por Marcos señalaba a Jerusalén, la Ciudad Santa. Ahora comienza...

Desde el lado opuesto de la ciudad, es decir, el lado occidental, Poncio Pilato, gobernador romano de Judea, Idumea y Samaria entró a la ciudad al frente de

una columna de caballería imperial. La procesión de Jesús anunció el reino de Dios, la de Pilato, el poder del imperio. Las dos procesiones son el símbolo del conflicto de la semana que llevarán a la ejecución de Jesús.

La procesión militar de Pilato fue la manifestación del poder romano y la teología imperial romana, una teología, no conocida por los hombres de nuestro tiempo, pero que parecía muy clara para los judíos del primer siglo. Marcos y la comunidad para la cual escribió su evangelio la conocían bien, de hecho, era una práctica consolidada que el gobernador imperial llegara a Jerusalén para las solemnidades religiosas más importantes. Esta práctica no fue motivada por sentimientos de respeto empático por la devoción religiosa del pueblo judío, sino más bien para evitar que ocurran accidentes en la ciudad. A menudo sucedía que se organizaba una especie de kermesse teatral en la plaza para celebrar la liberación del pueblo judío de la esclavitud de un imperio que había precedido al romano, por lo tanto, la misión de las tropas de Pilato era fortalecer la guarnición romana de Jerusalén, que estaba rodeada por la Fortaleza Antonia, con vistas al Templo y sus dependencias. Las tropas imperiales y Poncio Pilato habían llegado de Cesárea Marítima, que estaba a unos ochenta kilómetros al oeste del mar. Incluso Pilato, como sus gobernadores predecesores de Samaria y Judea, se había establecido en la costa mediterránea, una mejor solución para Jerusalén, ciertamente la capital tradicional del pueblo judío, pero que estaba tierra adentro y aislada, era más provincial y partidista, a menudo hostil. Pilato, como sus predecesores y sucesores, fue a Jerusalén para la principal solemnidad. Imaginemos la llegada de la procesión del ejército imperial a la ciudad, el espectáculo de la ostentación del poder imperial: caballeros en caballo, soldados a pie, armaduras de cuero, cascos, armas, pancartas, barras con águilas doradas, el sol brillando en los metales y oro. Imaginemos ahora los sonidos: pies que marchan, el cuero que cruje, las bridas que se rompen, los tambores. El polvo se levanta, las miradas de los curiosos habituales, algunos se intimidan, otros se resienten.

La procesión de Pilato hizo alarde y celebró no solo el poder imperial sino también la teología del imperio romano. Según esta teología, el emperador no solo era el jefe del imperio, sino que también era considerado el 'Hijo de Dios'. Esta noción se desarrolló en la época de los primeros emperadores. Augusto, que gobernó Roma del 31 a. C. al 14 d. C., decía de mismo que era el hijo de Apolo concebido junto con su madre Atia Balba Cesonia (85 a. C. - 43 a. C.), mientras que muchas inscripciones lo indican como "el Hijo de Dios", el Señor, el Salvador, el que trajo Paz en la tierra. Después de su muerte, fue visto ascender al cielo para tener un lugar junto a los dioses. Sus sucesores continuaron teniendo títulos divinos, incluido Tiberio, emperador del 14 al 37 d.C. y, por lo tanto, emperador durante el período de actividad pública de Jesús. Para los judíos, sujetos al poder de Roma, la procesión de Pilato representaba no solo orden social y político impuesto por el enemigo, sino también una teología rival y antagónica.

Volvamos a la historia de la entrada de Jesús en Jerusalén. Aunque es una historia que conocemos bien, sin embargo, demos un vistazo más de cerca, Marcos nos muestra detalles inesperados. El evangelio nos presenta este evento como una 'contraprocesión', concebida y planeada con mucha anticipación por Jesús. Jesús se acerca a la ciudad desde el este, al final de un largo viaje desde Galilea, y pide a dos discípulos que vayan al siguiente pueblo para conseguir un burrito que aún no había sido montado, un jumento joven. Los dos discípulos realizan la tarea que permite a Jesús montar un burro y bajar del Monte de los Olivos a la ciudad rodeada por la multitud de sus seguidores y simpatizantes, quienes lo precedieron cubriendo el camino que recorrió con capas y ramas de palmera y olivo, gritando ¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Bendito el reino de nuestro padre David, que está a punto de regresar! ¡Hosanna en lo alto del cielo!. Todo esto parecía una procesión, una manifestación con cierto sabor político.

El significado de la manifestación política aparece con bastante claridad si consideramos el uso del simbolismo tomado de la profecía de Zacarías en el relato de Marcos. Según el profeta, un rey debía entrar en Jerusalén (Sión) humilde, montado en un asno, en un pollino, cría de asna. (Zc 9,9). En Marcos, la referencia a Zacarías está implícita, mientras que Mateo, mientras relata el episodio de la entrada de Jesús a Jerusalén, explica claramente la conexión y cita el texto: "Dile a la hija de Sión: mira, tu rey viene a ti, suave, sentado en un burro, con un potro hijo de un animal de carga" (Mt 21,5; Zc 9,9). La parte restante del texto de Zacarías destaca qué clase de rey habría sido: "Hará desaparecer los carros de Efraín y los caballos de Jerusalén, se romperá el arco de guerra, anunciará la paz a la gente, su dominio será de mar a mar y desde el río hasta los confines de la tierra" (Zc 9,10).

Ese rey, que monta un burro, prohibirá la guerra desde la faz de la tierra, ya no habrán los carros, ni la caballería de guerra. Impondrá la paz a las naciones, será el príncipe de la paz.

La procesión de Jesús se opuso deliberadamente a lo que estaba sucediendo al otro lado de la ciudad. La procesión de Pilato representaba el poder, la gloria y la violencia del imperio que gobernaba el mundo. La procesión de Jesús, por otro lado, indicaba una visión alternativa, el reino de Dios. Este contraste entre el reino de Dios y el reino del César es el tema central no solo del Evangelio de Marcos sino de toda la historia y el mensaje de Jesús y cristianismo primitivo. El contraste entre estos dos reinos continuará durante la última semana de la vida de Jesús. Como bien sabemos, la semana termina de hecho con la ejecución de Jesús por las autoridades que gobiernan el mundo. Sin embargo, antes de entrar en más detalles sobre el relato de Marcos de la última semana de Jesús, es importante definir la etapa de este drama, el contexto en el que tienen lugar estos eventos.

Jerusalén: ciudad de esperanza y opresión

Jerusalén no es una ciudad cualquiera. En el siglo I d. C y por más de mil años fue el centro de la geografía y de la historia sagrada del pueblo hebreo, desde entonces ha sido un elemento fundamental para el imaginario religioso tanto como para el pueblo judío como para los cristianos y musulmanes. Las conexiones lógicas y simbólicas han sido positivas y negativas: es la ciudad de Dios pero también la ciudad infiel, la ciudad de la esperanza y la ciudad de la opresión, la ciudad de la alegría y la ciudad del dolor.

Jerusalén se convirtió en la capital del antiguo Israel alrededor del año 1000 a.C., en tiempos del rey David. Durante el reinado de David y su hijo Salomón, Israel experimentó el período de mayor expansión e importancia. El país estaba unido, las doce tribus estaban bajo un único monarca, era una nación poderosa y su gente se sentía protegida de las incursiones de los enemigos, con un Templo muy importante construido por Salomón. El reino de David (pero no el de Salomón) fue considerado no solo un período de prosperidad y gloria, sino también un tiempo en el que reinaba la justicia y la rectitud. David era el rey justo y sabio, asociado con la bondad, el poder, la protección y la justicia, representaba al rey-pastor ideal, el elegido a los ojos de Dios, de hecho se le definió: 'hijo de Dios'.

Recordamos el reinado de David como el tiempo de gloria, el tiempo ideal, mientras que la figura de David se hizo tan respetada que el esperado, el Mesías, era llamado 'hijo de David', el nuevo David, de hecho, más grande que David. Este nuevo David, hijo de David, debía reinar desde Jerusalén sobre un reino renovado. Jerusalén viene asociada a la esperanza de la futura gloria de Israel, una gloria que habría significado no solo el poder político (militar) sino, sobre todo, una era de justicia y de paz.

Salomón, hijo de David, alrededor del año 900 a.C. construyó en Jerusalén un Templo que se convirtió en el centro religioso del mundo judío. En el ámbito de la teología que se desarrolló alrededor del Templo, este espacio viene considerado la 'cuna de la tierra', el espacio que unía el mundo terreno con la fuente divina, y el único lugar donde vivía Dios. El antiguo Israel afirmaba que Dios estaba en todas partes, los cielos y los cielos de los cielos no podían contener a Dios, y la gloria de Dios inundaba toda la tierra; pero Dios estaba presente de una manera especial en el Templo. Entrar en el Templo era como estar en presencia de Dios.

El Templo, por tanto, representaba una mediación no solo por la presencia de Dios, sino también del perdón de Dios. Era el único lugar del sacrificio y el sacrificio era el camino del perdón. Según la teología del Templo, algunos pecados podrían ser perdonados y algunas impurezas podrían ser purificadas solo a través del sacrificio en el Templo.

Como mediador del perdón y de la purificación el Templo era considerado el intermediario para el acceso a Dios.

Estar en el Templo purificado y perdonado significa estar en la presencia de Dios.

El Templo se convirtió así en un importante centro de devoción y en un destino de peregrinación. La devoción evocada por Jerusalén se expresa de manera conmovedora por los salmos (Salmo 121-134) cantados por los peregrinos que 'subieron' a Jerusalén. Comúnmente llamados los 'salmos del ascetismo', éstos describen la alegría y la felicidad que fluye desde Jerusalén, la ciudad de Dios, desde el Templo, la 'casa del Señor':

Qué alegría cuando me dijeron:
“Vamos a la casa del Señor”.
¡Ya están pisando nuestros pies
tus umbrales, Jerusalén!

Jerusalén está fundada
como ciudad bien compacta.
Allá suben las tribus,
las tribus del Señor,

según la costumbre de Israel,
a celebrar el nombre del Señor;
en ella están los tribunales de justicia
en el palacio de David.

Desead la paz a Jerusalén
“Vivan seguros los que te aman,
haya paz dentro de tus muros,
seguridad en tus palacios”.

Por mis hermanos y compañeros,
voy a decir: “La paz contigo”.
por la casa del Señor, nuestro Dios,
te deseo todo bien. (Sal 121)

Pero Jerusalén, la ciudad de Dios, también adquirió un significado negativo, porque a inicios del siglo siguiente del reinado de David, se convirtió también en el centro del sistema de dominación y opresión. Debemos detenemos por un momento sobre este concepto para entender el conflicto que se desarrolla en toda la Biblia, en particular durante la última semana de Jesús.

La expresión 'sistema de poder' es una abreviación que indica la forma del sistema social presente en todas las sociedades agrícolas preindustriales de los tiempos antiguos y modernos, definiendo el sistema social mediante las siguientes características:

1. *La opresión política.* En estas sociedades, muchos estaban gobernados por una élite minoritaria poderosa y rica: monarquía, nobleza, aristocracia. El pueblo no tenía voz en el proceso de organización de la sociedad.

2. *Explotación económica.* Un alto porcentaje de la riqueza, que provenía principalmente de la producción agrícola, llenaba las arcas de los ricos y poderosos. ¿Cómo lograron obtener estos privilegios? Con la construcción de un sistema de estructuras y normas sobre la propiedad, sobre el sistema tributario, el endeudamiento.

3. *Legitimación religiosa.* En las sociedades primitivas, estos sistemas eran legitimados o justificados por la religión. Al pueblo se le inculcaba el concepto de que el rey gobernaba por derecho divino, el rey era el hijo de Dios, el orden social reflejaba la voluntad de Dios y la autoridad provenía de Dios. A veces la religión era el origen de protestas contra estas afirmaciones; pero en general en las sociedades pre-modernas la religión se utilizó para legitimar el papel de los poderosos dentro del orden social que presidían.

No hay nada específico sobre esta forma de sociedad. El sistema monárquico y aristocrático, el gobierno de unos pocos sobre muchos, nace hace más de cinco mil años y constituyó la forma de gobierno más común durante muchos siglos. Hubieron diversas variaciones, pero los elementos fundamentales prevalecieron durante la Edad Media hasta los tiempos modernos y las revoluciones de los dos últimos siglos, tal vez más de uno podría pensar y con razón, que esto perdura en la actualidad.

En este sentido, los "sistemas de poder" representan un hecho normal y no anormal, por lo tanto, pueden ser definidos como la condición normal de la civilización, la "normalidad". Por eso, utilizaremos los términos 'sistema de poder' y 'normalidad' para definir el orden socio-político-económico en el que vivió el antiguo Israel, Jesús y los primeros cristianos.

La expresión 'sistema de poder' llama la atención por su dinámica fundamental: el poder político y económico de unos pocos sobre muchos y el uso de la religión para justificarlo. La versión religiosa subraya cómo Dios creó la sociedad tal como es, mientras que la versión secular afirma que "así fueron las cosas" y que es lo mejor que se puede hacer por el bien de todos. La idea de "normalidad" llama la atención respecto a cuán común era este sistema. Repito, no hay nada de particular o de anormal en esta situación, es lo que sucedía con frecuencia.

Volvamos al surgimiento de este sistema social en el antiguo Israel. Durante el reinado de David y su hijo Salomón, el poder y la riqueza se concentraron gradualmente en Jerusalén. De hecho, Salomón se convirtió en algo así como un nuevo faraón y reconstruyó Egipto en Israel. El año 922 a.C. muere Salomón e Israel se dividió en dos reinos (el reino del norte: Israel y el reino del sur: Judea con la capital en Jerusalén), sin embargo el sistema de poder se mantuvo vigente durante toda la monarquía. Como profundizaremos más adelante, este será el sistema social que Jesús y los primeros cristianos pusieron en discusión.

Jerusalén evoca visiones negativas, especialmente en los profetas mayores, cuyas palabras eran parte del canon bíblico al tiempo de Jesús. Como sede de la monarquía y la aristocracia, de la riqueza y el poder, Jerusalén se convirtió en el centro de las injusticias y de la infidelidad a la alianza con el Señor. La pasión de Dios por la justicia viene reemplazada por la injusticia humana.

Comencemos con Miqueas, el profeta del VIII siglo a.C. se pregunta, ¿cuál es el pecado de Judá?. Su sorprendente respuesta es una pregunta retórica: "¿No es acaso Jerusalén?" (Mi 1,5). Esta es una declaración impactante, que indica que el pecado de Judá es una ciudad, específicamente, la ciudad de Dios. Su juicio sobre el liderazgo es claro: " ¡Escuchen, jefes de Jacob y magistrados de la casa de Israel! ¿No les corresponde a ustedes conocer el derecho, a ustedes, que odian el bien y aman el mal, que arrancan la piel de la gente y la carne de encima de sus huesos?... Escuchen esto, jefes de la casa de Jacob y magistrados del pueblo de Israel, ustedes, que abominan la justicia y tergiversan el derecho, que edifican con sangre a Sión y a Jerusalén con injusticia!" (Mi 3,1-2, 9-10).

Ese mismo siglo, el profeta Isaías denunciaba a los gobernantes de Jerusalén como 'los gobernantes de Sodoma' y a sus habitantes como "pueblo de Gomorra", dos ciudades conocidas por su legendaria injusticia y corrupción (Is 1,10). Sus palabras son duras: "¿Cómo es que la ciudad fiel se ha convertido en una prostituta? Estaba llena de rectitud, la justicia habitaba en ella; ¡ahora en cambio está llena de asesinos!... Sus líderes son rebeldes y cómplices de ladrones; todos esperan recompensa y van detrás de los regalos, no hacen justicia al huérfano, ni atienden la causa de la viuda" (Is 1, 21.23). Al final de la parábola del viñador, Isaías afirma sobre la amada aunque infiel ciudad: "La viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel; los habitantes de Judá su plantación preferida." El esperaba rectitud, y va creciendo el mal; esperaba justicia, y solo se oye el grito de los oprimidos." (Is 5,7). A sus gobernantes les dice: "¡Ay de aquellos que llaman bien al mal y mal al bien, que cambian las tinieblas en luz y la luz en tinieblas, que dan lo amargo por dulce y lo dulce por amargo" (Is 5, 20) .

Los mismos temas resuenan a fines del VII siglo e inicios de VI siglo en las palabras del profeta Jeremías: "Caminen por las calles de Jerusalén, observen

bien e infórmense, busquen en sus plazas y vean si encuentras un hombre, siquiera uno que practique la justicia y que se mantenga fiel y yo los perdonaré, dice el Señor " (Jer 5,1; 7,11; 6,6).

Pero incluso para los profetas que pronunciaron palabras muy duras, Jerusalén es considerada la ciudad de Dios y la ciudad de la esperanza y, como se mencionó, David, su rey más querido, se convirtió en el modelo del mesías esperado. Además, el futuro de Jerusalén no se trataba sobre sí misma si no que se convirtió en esperanza para el mundo, el sueño de Dios para el mundo entero. En uno de los textos más famosos de la Biblia, Isaías describe a Jerusalén como la fuente de las enseñanzas y de la sabiduría para todo el mundo:

Al final de los días estará firme
el monte de la casa del Señor,
en la cima de los montes,
encumbrado sobre las montañas.
Hacia él confluirán los gentiles,
caminarán pueblos numerosos.
Dirán: "Venid, subamos al monte del Señor,
a la casa del Dios de Jacob:

Él nos instruirá en sus caminos
y marcharemos por sus sendas;
porque de Sión saldrá la ley,
de Jerusalén, la palabra del Señor". (Is 2.2-3)

La consecuencia será la paz:
Será el árbitro de las naciones,
el juez de pueblos numerosos.

De las espadas forjarán arados,
de las lanzas, podaderas.
No alzará la espada pueblo contra pueblo,
no se adiestrarán para la guerra. (Is 2,4)

Encontramos este texto también en Mi (4, 1-3) con una simple adición. Después de los versículos sobre la promesa de paz, Miqueas afirma:

Cada uno se sentará bajo su parra y
bajo su higuera, sin que nadie lo perturbe,
porque ha hablado la boca
del Señor de los ejércitos. (Mi 4,4)

Estas son imágenes de justicia, prosperidad y seguridad; justicia: cada uno tendrá su propia tierra; prosperidad: la viña y los higos representan algo más grande, más que supervivencia; seguridad: ya no tendrán que vivir en un ambiente de miedo constante. La creación de este mundo de justicia y de paz, en el que no habrá miedo, vendrá del Dios que vive en Jerusalén.

Jerusalén en los siglos antes de Jesús

Las preocupaciones y alarmas de los profetas se hicieron realidad, más no sus esperanzas. Después de un terrible asedio que duró aproximadamente un año, Jerusalén en el año 586 a.C. fue conquistada por los babilonios, la ciudad y el Templo fueron destruidos y muchos de los sobrevivientes fueron capturados y llevados al exilio en Babilonia, donde vivieron en condiciones de esclavitud. Parecía el fin del pueblo hebreo.

Incluso en el exilio, el recuerdo de Jerusalén se mantuvo fuerte. En el Salmo 136 encontramos palabras agudas, llenas de dolor:

Junto a los canales de Babilonia
nos sentamos a llorar con nostalgia de Sión;
en los sauces de sus orillas
colgábamos nuestras cítaras.

Allí los que nos deportaron
nos invitaban a cantar;
nuestros opresores, a divertirlos:
"Cantadnos un cantar de Sión".

¡Cómo cantar un cántico del Señor
en tierra extranjera!
Si me olvido de ti, Jerusalén,
que se me paralice la mano derecha;

que se me pegue la lengua al paladar
si no me acuerdo de ti,
si no pongo a Jerusalén
en la cumbre de mis alegrías.

Recuérdate, Señor, de los hijos de Edom,
que en el día de Jerusalén decían:
"Arrasad, arrasadla hasta sus cimientos".

Hija de Babilonia devastadora,
Beato quien que te devuelva
lo que nos has hecho.

Beato quien agarrará tus pequeños
y los golpeará contra la piedra. (Sal 136)

Después de cincuenta años de exilio, el pueblo judío recibió la autorización para regresar a su hogar y a fines del siglo V, después de algunas décadas de trabajo, lograron completar la reconstrucción del Templo. Se trataba de una estructura muy pobre comparada a la construida por Salomón, debido a la miseria en que se encontraba la gente a su regreso.

Durante siglos, Judea y su capital Jerusalén, estuvieron bajo el dominio de potencias extranjeras. Durante la ocupación de los persas y de sus sucesores helenísticos, el Templo se convirtió en la sede del gobierno local de la provincia de Judea. El sumo sacerdote y las autoridades del Templo gobernaban al pueblo judío, pero debían rendir honor y tributo al imperio de turno. Esta situación duró hasta el siglo II cuando en el año 164 a.C. los judíos obtuvieron la independencia del imperio helenístico de Antioco Epifanes. La revuelta victoriosa fue liderada por una familia hebrea conocida como Macabeos, también conocidos como Asmoneos, que gobernaron Jerusalén aproximadamente un siglo hasta su caída bajo el control de Roma en el año 63 a.C.

Después de la abolición de la monarquía judía, los romanos gobernaron a través de la autoridad del sumo sacerdote, el Templo y la aristocracia local que se reunían alrededor del Templo. Este modo era muy utilizado por los romanos para controlar las provincias periféricas y recién conquistadas: nombraban colaboradores locales pertenecientes a la población indígena para gobernar en nombre del imperio. La característica principal de quienes gobernaban en nombre de Roma era la riqueza: el imperio confiaba en las familias ricas. Estos colaboradores locales tenían cierta autonomía de gobierno sobre la población confiada, lo importante era que se mantuvieran fieles al imperio y al orden establecido. Había una condición adicional: eran responsables de recaudar y pagar los tributos e impuestos que anualmente se debían pagar a las arcas imperiales.

En las décadas posteriores a la conquista romana, algunas familias de la aristocracia judía entraron en conflicto entre sí por el control del poder, por eso Roma nombró como rey de los judíos a Herodes de Idumea, cuya familia se había convertido recientemente al Judaísmo. Herodes reinó por muchos años hasta el siglo 4 a.C.; es conocido como Herodes el Grande.

Herodes era sin duda una persona de grandes capacidades, aunque era muy duro. Al comienzo de su mandato, ordenó el asesinato de algunos exponentes de la aristocracia para evitarse eventuales actos de insubordinación y luchas dentro del gobierno; pero sobre todo, para aprovechar la oportunidad de expropiar propiedades y riquezas importantes. Así logró eliminar las élites

tradicionales que sustituyó por nuevos individuos que le debían gratitud y lealtad. Herodes no confiaba en los suyos y los obligó a someterse a un rígido sistema de control que prohibía cualquier forma de manifestación política y reuniones públicas. También redujo las funciones y la autoridad del sumo sacerdote, de hecho, a pesar de que el oficio de sumo sacerdote era una servicio de por vida, Herodes depuso y nombró a siete durante sus treinta y tres años de gobierno. Limitó en gran medida sus funciones hasta el punto de reducirlo a un oficio que se ocupaba exclusivamente del desarrollo de las funciones litúrgicas en el Templo.

Herodes gobernaba desde Jerusalén y la ciudad se volvió maravillosa durante su gobierno. En primer lugar, reconstruyó y amplió el Templo. Al inicio del año 20 del primer siglo a.C., Herodes rediseñó y 'restauró' el modesto edificio del Templo construido después del exilio, de hecho, reconstruyó uno nuevo, rodeado de grandes espacios y elegantes columnas de mármol y oro. Para poder realizar este trabajo, fue necesario construir una enorme explanada de quinientos metros de largo y trescientos de ancho con una superficie total de quince mil metros cuadrados. Incluso los escritores no hebreos describieron el Templo de Herodes como uno de los edificios más bellos del Imperio romano.

Herodes también construyó un palacio que más tarde se convirtió en la sede del gobernador romano, incluido Pilato, cuando éste vivía en Jerusalén. Era un edificio particularmente lujoso con columnas de mármol de colores, fuentes, piscinas, techos decorados con oro y bermellón, sillas y sofás en plata y oro con incrustaciones de piedras preciosas, pisos de mosaico con ágata y gemas azules. Al igual que el Templo, era un edificio enorme, el comedor podía albergar hasta trescientos invitados.

Los planes arquitectónicos de Herodes fueron más allá de Jerusalén. Construyó un importante puerto en la zona costera de Cesárea Marítima, que más tarde se convirtió en la sede principal de la administración imperial en Palestina. La ciudad tomó el nombre de César y el puerto de Augusto (en griego *Sebastos*). El puerto estaba protegido por digas y espigones construidos utilizando materiales y técnicas modernas, con cemento que capaz de endurecerse bajo el agua. A través de estas infraestructuras transitaba mercadería pero también turistas y peregrinos. También construyó fortalezas y palacios para él mismo en Massada, *Herodium*, Jericó y Macario. Dentro y fuera del reino financió la construcción de templos en honor a César Augusto.

Estas obras costaron mucho y además de pagar por estos grandes proyectos y de llevar una vida opulenta, tenía la tarea de recaudar los impuestos y transferirlos a Roma.

Sus ingresos estaban formados por los ingresos típicos de una economía agrícola preindustrial: propiedades agrícolas (posesiones reales), impuestos y

extorsión en detrimento de las familias más ricas que le debían favores y protección.

La historia nos lo recuerda como Herodes el Grande, sin embargo, no fue particularmente amado por la mayoría de los hebreos. Algunos lo definieron Herodes el Monstruo, era derrochador y brutal, y probablemente al final de su vida manifiesto signos de una personalidad paranoica.

Se sabe que cuando murió en el año 4 a.C., estallaron revueltas en todo el reino. Estos conflictos fueron tan severos que Roma envió a sus legiones desde Siria para calmarlos. Los romanos, en estas circunstancias incendiaron *Sephoris*, ciudad en Galilea a unos ocho kilómetros de Nazaret y capturaron a muchos que luego fueron vendidos como esclavos. Cuando Jerusalén fue reconquistada, los romanos crucificaron a dos mil revoltosos. La supresión de la revuelta del año 4 a.C. fue la primera experiencia difícil del poder militar romano que tuvieron los judíos.

Herodes había gobernado todo el territorio judío. Después de su muerte, Roma dividió el reino en tres partes y cada una fue confiada a uno de sus hijos: Galilea y Transjordania fueron entregadas a Herodes Antipa, el territorio al noreste del Jordán a Filipo, y Judea y Samaria a Arquelao. Al igual que su padre, Arquelao gobernó el territorio viviendo en Jerusalén. En el año 6 d.C., los romanos destituyeron a Arquelao del trono y gobernaron directamente sobre esa porción del reino de Herodes con gobernadores enviados directamente desde Roma.

Jerusalén en el primer siglo

Los eventos del año 6 d.C. cambiaron significativamente las condiciones de Jerusalén y el Templo. Roma continuó con la política de confiar el gobierno local a la responsabilidad de los gobernantes elegidos entre las élites locales y con la renuncia de Arquelao, Roma asignó esta tarea a las autoridades del Templo. El Templo siempre había sido un punto de referencia religioso, sin embargo, en estas circunstancias, se convirtió en fundamental para el gobierno de la economía y de la política del territorio.

El Templo reemplazó al gobierno de Herodes como centro del sistema de poder local. La existencia de un sistema de poder no era algo nuevo para el pueblo judío, ya existía antes y durante el reinado de Herodes, la novedad era que el Templo ahora se convertía en el centro de colaboración con Roma y adquirió las características típicas de los sistemas antiguos: gobierno de unos pocos, explotación económica y legitimación del derecho religioso. Se trataba de una organización constituida en dos niveles: un gobierno local fundado en el Templo y sometido al gobierno central del Imperio Romano, y que como tal debía

'tributo' al emperador para expresar lealtad y participación económica a las instancias imperiales.

Los pocos que gobernaban a la cabeza del sistema local eran las autoridades del Templo, guiados por el sumo sacerdote y por miembros de familias aristocráticas.

Marcos usa los siguientes términos: los jefes de los sacerdotes, los ancianos y los escribas (Mc 14, 53). Los jefes de los sacerdotes provenían de las familias sacerdotales, mientras que los ancianos de familias ricas, probablemente muchos pertenecían a las nuevas clases dirigentes leales a Herodes. Los escribas, asociados con los jefes de los sacerdotes y ancianos, representaban la clase culta que trabajaba para ellos como expertos legales, archiveros y administradores. Marcos también nos recuerda la existencia de un "consejo", un comité de gobierno de la ciudad de Jerusalén, constituido principalmente por representantes de estos grupos.

En cuanto a las condiciones económicas, los miembros laicos y los clérigos provenían de familias ricas. La mayoría eran propietarios de terrenos en una economía preindustrial donde la riqueza provenía casi exclusivamente de la agricultura. Muchos sumos sacerdotes también poseían grandes extensiones de tierra, a pesar de que la ley judía prohibía a los sacerdotes ser propietarios de tierras. De hecho, los escribas interpretaron esta regla en el sentido de que los sacerdotes no podían cultivar la tierra pero sí poseerla. Además, dado que vivían en Jerusalén y, por lo tanto, lejos de sus terrenos, eran 'propietarios ausentes' según el uso que a menudo se aplica con la mayoría de los terratenientes.

Por acumular propiedades privadas y clericales tenían que alterar la ley bíblica, de hecho, entre las normas presentes en el derecho judío estaba el principio de que los terrenos agrícolas no podían comprarse ni venderse. La razón detrás de esta regla era la necesidad de garantizar que cada familia pudiera tener una porción de la tierra suficiente para satisfacer sus necesidades a perpetuidad. Por lo tanto, la tierra solo se podía comprar por expropiación, que podía ocurrir de dos maneras: en primer lugar, la tierra podía ser confiscada por el rey. Herodes poseía amplios "terrenos reales" y probablemente no los había comprado, también sabemos que distribuyó terrenos a las élites que había elegido y que los terrenos se convirtieron en el mecanismo para acceder a los puestos de mando y a la clase dirigente.

La segunda forma de poseer bienes inmuebles era por confiscación debido a la insolvencia por deudas. La tierra no se podía vender ni comprar, pero se podía hipotecar u otorgar como garantía para un préstamo, por lo que, si la deuda no se pagaba, el acreedor efectuaba la garantía inmobiliaria. No es difícil

comprender como este mecanismo fue esencial para enriquecer y fortalecer la riqueza de las clases ricas.

Las familias de agricultores, que luchaban cada día por la supervivencia, en tiempos de necesidad debido a una mala cosecha o por otras razones, se veían obligadas a hipotecar sus tierras y endeudarse a tasas muy altas.

Estas fueron las principales formas en que los potentes y ricos adquirían la propiedad de las tierras. Una vez adquirida, decidían cómo usarla: dejarla para que la misma familia agricultora pudiera alquilarla o reemplazar a los viejos agricultores con nuevos jornaleros o peones. La concentración de la producción en las haciendas agrícolas era tan grande que implicaba la transformación de un tipo de cultivo de productos básicos y populares como cereales y vegetales, a una producción más especializada como higos, uvas, dátiles y olivos. De este modo, muchos agricultores, originalmente propietarios, fueron reemplazados porque eran incapaces de trabajar y producir estos nuevos y sofisticados productos.

La pérdida de la tierra significaba no solo convertirse en dependiente de otro, sino también que la tierra no representaba la principal fuente de alimentos para el consumo doméstico. Estos agricultores no producían más los alimentos básicos para el consumo de sus familias, sino que producían para vender en el mercado.

Existen argumentos bastante convincentes que muestran cómo este proceso de sustitución de la fuerza laboral agrícola se aceleró bruscamente durante el reinado de Herodes y el gobierno imperial. La política de Herodes produjo un crecimiento exponencial de los latifundios y de la concentración de la riqueza, este proceso continuó durante todo el primer siglo de nuestra era y las condiciones económicas de los agricultores empeoraron proporcionalmente.

La integración de la Palestina judía en el imperio romano produjo el desarrollo de la comercialización de productos agrícolas con las consecuencias ya mencionadas: dramático crecimiento de los latifundistas; campesinos obligados a abandonar la tierra que sus familias habían trabajado durante siglos y que producían lo necesario; la agricultura básica fue reemplazada por productos para la venta y exportación. Los agricultores que eran propietarios de sus tierras se convirtieron en peones y obreros, mientras que los latifundistas trataron de emplear cada vez menos mano de obra.

Un agricultor sin tierra tenía pocas posibilidades: trabajar a jornada, emigrar, trabajar en obras de construcción de edificios o ciudades o mendigar. De acuerdo con los parámetros modernos, la economía campesina se puede considerarse una realidad pobre, sin embargo, en tiempos de Jesús era adecuada y daba lo necesario para vivir; ahora para muchos no sería así.

Jerusalén era el lugar de residencia de las familias terratenientes que obtenían ingresos de la producción agrícola, pero la riqueza también fluía en la ciudad por otras razones.

El Templo era el centro del sistema para recaudar impuestos locales e impuestos imperiales. Los impuestos locales, comúnmente llamados 'diezmos', se calculaban sobre la producción agrícola. La mayoría de éstos, que representaban alrededor del veinte por ciento del valor de la producción, se pagaban al Templo y al sumo sacerdote. Existía también una tasa anual pagada al Templo por los judíos que vivían en la diáspora. Además, en el año 6 d.C., el Templo y sus autoridades comenzaron a recaudar el tributo imperial y transferirlo a Roma. El registro de la deuda pública también se mantenía en el Templo.

En la ciudad había riqueza también por otra razón. Cientos de miles de judíos visitaban la ciudad como peregrinos. Es difícil hacer estimaciones, sin embargo, podemos imaginar que Jerusalén en el primer siglo tenía alrededor de cuarenta mil habitantes, sin contar que durante las solemnidades como la Pascua llegaban del exterior alrededor de doscientos mil peregrinos. Incluso los extranjeros se sentían atraídos por la ciudad conocida como una de las más bellas y fascinantes de Medio Oriente.

La élite de Jerusalén vivía con cierto lujo, como lo confirman recientes descubrimientos arqueológicos de residencias y villas antiguas. La riqueza es una prueba del nivel alcanzado por las clases ricas a expensas de la pobreza en que había caído la clase campesina.

Esta descripción no tiene la intención de juzgar a los ricos y poderosos que pudieron ser personas excelentes, responsables, honestas, trabajadoras, leales a su familia y amigos, agradables y magnánimos. El tema no se refiere a las virtudes o debilidades personales, sino al papel que han desempeñado estas personas en el sistema de poder político, participando en su formación, fortalecimiento y beneficio.

El sumo sacerdote y las autoridades del Templo realizaban una tarea difícil. Al igual que sus predecesores, el primer deber era la lealtad y la colaboración con Roma, eran responsables del pago de los tributos a Roma y tenían la tarea de mantener el orden y la paz. De hecho, a Roma no le gustaban las rebeliones y, por lo tanto, las autoridades del Templo tenían un papel mediador entre el poder local y el imperial.

Vivían en una situación de frágil equilibrio, debían colaborar con Roma para asegurarse de que Roma estuviera tranquila; pero no al punto de crear agitación entre sus ciudadanos y compatriotas. Se colocaban en un espacio extraño y ambiguo. Las decisiones que debían tomar eran a menudo difíciles,

por lo que es fácil entender por qué el sumo sacerdote Caifás declaró: "Conviene que muera un solo hombre por el pueblo y no perezca toda la nación" (Jn 11,50). La razón por la cual Caifás hizo esta declaración se puede encontrar en el versículo precedente que muestra el temor ante la posibilidad de una intervención armada por parte de las fuerzas imperiales: "Si le dejamos que siga así, todos creerán en él y vendrán los romanos y destruirán nuestro lugar santo y nuestra nación" (Jn 11, 48).

Parecería que los sumos sacerdotes habían sido capaces, unos más que otros, de sobrellevar esta situación. La ley bíblica prescribía que el sumo sacerdote sea nombrado de por vida, pero hemos visto cómo Roma lo reemplazaba a menudo. Fueron dieciocho sumos sacerdotes desde que Roma depuso a Arquelao en el año 6 d.C. hasta la gran revuelta del 66. Caifás, que llevó a cabo esta tarea durante la vida pública de Jesús, parece haber sido muy hábil en el desempeño de este cargo, ya que pudo mantenerlo durante dieciocho años (desde el 18 al 36 d.C).

El papel del Templo como centro y culmen del sistema de poder fue legitimado por la teología y la religión: su espacio en dicho sistema, se decía, había sido deseado directamente por Dios. La teología del Templo fortaleció la sacralidad de la noción del Templo como el *hogar de Dios*, función mediadora de la misericordia y el perdón a través de ritos sacrificales y centro y destino de devoción y peregrinación.

Es importante resaltar que no había nada anormal en esto, era muy común en ese entonces y podría suceder también ahora. Los ricos y poderosos justificaban su posición diciendo que esta era la forma más correcta y común. Pero sean autoridades laicas o religiosas, el resultado era básicamente el mismo. Dios, o el sentido común, hicieron que las cosas funcionasen así.

Esta es la Jerusalén en la que Jesús entró ese domingo de primavera. Su mensaje fue profundamente crítico con el Templo y el papel que este desempeñaba en el sistema político.

Jesús no fue la única voz judía que se rebelaba contra el Templo, entre estas voces recordamos la de los **esenios**, comunidad que probablemente escribió los pergaminos - rollos del Mar Muerto descubiertos en Qumran. Ellos rechazaron la legitimidad del Templo y de sus sacerdotes y veían su comunidad como una especie de Templo *interino*, esperando el día en que pudieran tomar posesión del Templo para purificarlo.

El celo y la pasión de numerosos judíos "revolucionarios" era sobre todo hacia el Templo debido a su posición de colaboración con el sistema político imperial. La gran revuelta judía que estalló en el año 66 d.C. fue contra el Templo de Jerusalén, pero también una reacción contra el mismo imperio.

Cuando los rebeldes judíos, conocidos como zelotes, tomaron el control de Jerusalén al comienzo de la rebelión, su primer acto fue sustituir el sumo sacerdote con un representante de la clase campesina, seguido de la quema de los registros de las deudas guardados en los archivos del Templo.

Por los evangelios sabemos que el movimiento alrededor de Juan el Bautista y Jesús tenía poca consideración por la posición política que había asumido el Templo. Por ejemplo, el bautismo de Juan era 'para el perdón de los pecados', pero según la teología del Templo esta función de mediación pertenecía exclusivamente al sacrificio que tenía lugar en el Templo.

Juan, con la proclamación del perdón independientemente del sacrificio en el Templo, negaba el rol del Templo de como mediador esencial y exclusivo del perdón y del encuentro con Dios.

También Jesús, como Juan el Bautista, proclamaba el perdón sin importar el sacrificio en el Templo, Jesús de hecho le dijo a la mujer samaritana: «Créeme, mujer, llega la hora en que ni en esta montaña ni en Jerusalén se adorará al Padre» (Jn 4,21). Esto aparece implícitamente en su actividad pública, en particular en los diversos relatos de reuniones y banquetes con publicanos y pecadores, personas que eran consideradas impuras por los judíos. Muchas veces su posición en relación al Templo era explícita, por ejemplo, en el evangelio de Marcos, Jesús perdona los pecados del parálítico y le dá la fuerza para caminar. Algunos escribas objetaron: "¿Por qué este hombre habla de esta manera? Es una blasfemia, ¿quién puede perdonar pecados si no solo Dios?" (Mc 2, 7). La objeción de los escribas no se refería al hecho de que Jesús se había proclamado a sí mismo Dios, sino al hecho de que según ellos Dios había ofrecido a los judíos un único y exclusivo perdón de los pecados a través del sacrificio del Templo, Jesús, como Juan, anunciaba que el perdón de Dios no necesitaba del Templo.

Otras enseñanzas de Jesús reflejan conexiones positivas y negativas con el Templo. Por un lado, Jerusalén es 'la ciudad del gran Rey' (Mt 5,35) y objeto del amor de Dios: "¿Cuántas veces he deseado reunir a tus hijos, como una gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas, y no has querido! (Mt 23,37; Lc 13,34). En otros textos, del evangelio de Lucas, Jesús llora por la ciudad, así como un profeta del antiguo Israel, dice: "Al acercarse y ver la ciudad, lloró por ella, diciendo: «¡Si también tú conocieras en este día el mensaje de paz! Pero ahora ha quedado oculto a tus ojos. Porque vendrán días sobre ti, en que tus enemigos te rodearán de empalizadas, te cercarán y te apretarán por todas partes, y te estrellarán contra el suelo a ti y a tus hijos que estén dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, porque no has conocido el tiempo de su visita.»" (Lc 19, 41-44).

En la época de Jesús, Jerusalén y su Templo se consideraban "ciudad de Dios", objeto de devoción para los judíos. Pero también era el centro del sistema del poder local, la sede de la clase dirigente, la capital de la riqueza y de colaboración con Roma.

Jerusalén y el Templo no sobrevivieron al primer siglo. En el año 70 d.C., las legiones romanas sofocaron la gran revuelta judía y reconquistaron la ciudad, destruyendo el Templo y dejando solo una parte de la explanada hacia el muro occidental. La destrucción del Templo cambió a Jerusalén para siempre: el sacrificio cesó, la función sacerdotal terminó y las instituciones centrales del judaísmo se convirtieron en la Escritura y la sinagoga.

El evangelio de Marcos fue escrito algunos años después de la destrucción del Templo, la mayor parte de biblistas lo datan no antes del 65 d.C. y, algunos dicen que alrededor del 70, es decir, poco antes de este evento tan importante para el cristianismo y el judaísmo. Jerusalén estaba en la agenda política cuando Marcos escribió su evangelio, es decir fue escrito en 'tiempos de guerra'.

Jerusalén en el evangelio de Marcos

Jerusalén es un elemento central en la historia de Jesús narrada por Marcos. Jerusalén es el centro de la dinámica narrativa, incluso antes de que el evangelio alcance su apogeo. Seis de los dieciséis capítulos son ambientados en Jerusalén, es decir, alrededor del cuarenta por ciento, mientras que en Mateo es el treinta y tres por ciento y en Lucas algo más del veinte. Si añadimos el relato del viaje hacia Jerusalén, entonces ocupa casi la mitad del evangelio.

Antes de profundizar sobre el rol de Jerusalén en Marcos, es necesario hablar de la figura de Jesús y su mensaje en el evangelio.

Para Marcos, el mensaje de Jesús no se refiere solo a su persona, su identidad como Mesías, Hijo de Dios, Cordero de Dios, Luz del mundo u otros títulos utilizados en el ámbito cristiano. Marcos afirma que Jesús es el Mesías y el Hijo de Dios, lo dice justo al inicio de su evangelio:

"Comienzo de la buena noticia de Jesús, Hijo de Dios" (Mc 1,1). Sin embargo este no es el elemento principal del mensaje que Jesús quería dejar, ni lo proclama ni lo enseña a sus seguidores.

En Marcos, es solo la voz del Espíritu que habla de la identidad de Jesús. Durante su bautismo "una voz del cielo declara: " ¡Tú eres mi Hijo, el Amado en quien me complazco!" (Mc 1,11). Esa voz está dirigida "solo" a Jesús, nadie más la escuchó. Durante la transfiguración, la misma voz habla, esta vez se dirige a sus discípulos. La primera parte de la declaración es idéntica, pero en esta circunstancia es a la tercera persona plural: "Este es mi Hijo, el Amado" y añade "Escúchenlo" (Mc 9,7). Incluso los malos espíritus saben quién es: "los espíritus inmundos, sucios" exclamaron "sabemos quién eres, el Santo de Dios",

"tú eres el Hijo de Dios" y "¿qué tienes que ver conmigo, Jesús Hijo del Altísimo?" (Mc 1,24; 3,11; 5,7.) Estas declaraciones no son escuchadas por los discípulos ni por otros, no se narra ninguna reacción de parte de ellos.

Solo dos circunstancias parecen afirmar la exaltación de su identidad. Pero no son parte del mensaje, en ambos casos son situaciones privadas y no públicas, decimos "parece" porque los dos textos son ambiguos. El primero es el relato bien conocido de la confesión de fe de Pedro al final de la primera parte del evangelio. A la pregunta de Jesús a sus discípulos "¿quién dice la gente que soy?", Pedro responde "tú eres el Mesías" . Esta es la única vez en el evangelio de Marcos en que un discípulo hace tal afirmación. La reacción de Jesús confirma que esto no es parte de su mensaje, ni de su enseñanza: "Y les ordenó que no se lo contaran a nadie" (Mc 8,27-30).

El segundo episodio se encuentra muy cerca del final del evangelio. La noche antes de su ejecución, Jesús es interrogado por el sumo sacerdote que le pregunta: "¿Eres tú el Mesías, el Hijo del Altísimo Bendito?" La respuesta de Jesús ha sido traducida como 'sí, soy yo!' (Mc 14,61-62), pero en griego, el idioma utilizado por Marcos en su evangelio, la respuesta es más ambigua. El griego no modifica el orden de las palabras para indicar si se trata de una pregunta o de una afirmación, por lo que la respuesta de Jesús podría significar 'soy yo' o '¿soy yo?' Mateo modifica el texto tomado de Marcos con "tú lo has dicho" y Lucas "tú dices que yo soy" (Mt 26,64; Lc 22,70), confirmando que la traducción de εγω εἰμι (ego eimi) no es muy clara.

Si el mensaje de Jesús según Marcos no se refería a su identidad, entonces ¿qué quería comunicar? Para Marcos, el mensaje central es el *reino de Dios* y el *camino para alcanzarlo*.

Comencemos con esto último. Los primeros versículos del evangelio anuncian que este libro trata sobre el 'camino':

Comienzo del evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios.

Como está escrito en el profeta Isaías:

“Mira, yo envío mi mensajero delante de ti,
él te preparará el camino.

Voz de uno que grita en el desierto:

preparen el camino del Señor,
enderecen sus senderos" (Mc 1,1-3)

El término griego para 'camino' es *οδός* (odós), Marcos lo usa muy a menudo, sin embargo, su frecuencia en el texto viene ensombrecida por la variedad de términos con los que los idiomas modernos traducen *οδός*: calle, autopista, sendero, camino. Pero siempre que se trata de *οδός*, se refiere a 'camino'.

El mensaje de Jesús es el reino de Dios. Marcos señala su centralidad haciendo un resumen en el preámbulo del evangelio. Las primeras palabras pronunciadas por Jesús al inicio de su actividad pública, en su discurso inaugural dicen: "El tiempo se ha cumplido, el reino de Dios está cerca" (Mc 1, 15).

La expresión "reino de Dios" representa una metáfora religiosa y política. Desde el punto de vista religioso el reino es de *Dios*, desde el político es el *reino* de Dios. En el primer siglo la palabra "reino" era claramente un término político. Los que escucharon a Jesús conocían y vivían al interno de un reino: el reino de Herodes y de sus hijos, el reino de Roma. Jesús podría haber usado otros conceptos como familia de Dios, comunidad de Dios o pueblo de Dios, en cambio, en Marcos encontramos reino de Dios. Para sus lectores y oyentes, era claro que hablaba de un reino diverso a los reinos que conocían, muy diferente de los sistemas de poder que gobernaban a su gente. El mensaje de Jesús en Marcos se refiere al reino de Dios ya presente y que, al mismo tiempo, debe venir en plenitud.

Marcos concluye su 'prefacio' con las palabras: "el tiempo se ha cumplido y el reino de Dios está cerca; conviértanse y crean en la buena noticia" (Mc 1, 15). La expresión 'conviértanse' tiene dos significados, ambos muy diferentes de la acepción cristiana de contrición por el pecado.

En la Biblia, 'convertirse' significa 'retornar', en particular 'retornar del exilio', una imagen asociada con la de 'camino', 'sendero' o 'viaje'. La raíz griega de la palabra conversión significa 'ir más allá del pensamiento y la mente'. La conversión significa entonces iniciar un camino que nos llevará más allá de la inteligencia actual.

También el término 'creer' tiene un significado un poco diferente del que normalmente utilizamos. Para los cristianos, creer a menudo significa que una serie de creencias o un conjunto de doctrinas deben considerarse como verdaderas. Pero el significado original y antiguo del término "creer" tiene que ver con "confianza" y con el concepto de "compromiso". 'Creer en la buena noticia' significa confiar en la noticia que el reino de Dios está cerca y empeñarse para que esto suceda.

¿A quién anunció el reino de Dios y el 'camino'? En primer lugar, a los campesinos, es decir, a una categoría que incluía no solo a los trabajadores agrícolas, sino también a toda la población rural de una sociedad preindustrial. Marcos no hace referencia explícita a la condición de la clase campesina, no tenía necesidad porque su comunidad y aquellos que leían su evangelio lo sabían. Alrededor del noventa por ciento de la población vivía en áreas rurales y vivía de la agricultura en pueblos y ciudades pequeñas. La población rural era el primer productor de riqueza, pues, por definición, no había industria

manufacturera, solo habían artesanos que también formaban parte de la población rural. Como ya se mencionó, las ciudades estaban habitadas por ricos y poderosos junto a sus "empleados" y por los comerciantes que servían a la clase rica.

En Marcos y en los otros evangelios, Jesús nunca entra en la ciudad, excepto Jerusalén. La primera parte del evangelio se desarrolla en Galilea y Marcos no menciona que Jesús haya ido a Seforis o Tiberíades, las ciudades principales de la región, incluso si la primera estaba a solo ocho kilómetros de Nazaret y la segunda estaba a orillas del lago de Galilea, un lugar particularmente querido por Jesús. En cambio lo encontramos en el campo y en ciudades más pequeñas como Cafarnaún. ¿Por qué? La primera respuesta es que Jesús deseaba hablar y dirigir su mensaje a los campesinos.

Según Marcos, el conflicto con las autoridades fue la consecuencia inmediata del mensaje y de la actividad pública de Jesús. Los capítulos 2 y 3 mencionan algunas situaciones de conflicto, los que se le opusieron fueron los escribas, los fariseos y los herodianos (Mc 2,1 - 3,6). Al final de estos relatos, se hace referencia por primera vez a Jerusalén. Algunos escribas que bajaron de Jerusalén acusaban a Jesús de estar poseído por el demonio: "Está poseído por Belzebul y expulsa los demonios por medio del príncipe de los demonios" (Mc 3, 22).

La ciudad es el culmen de la sección que narra el viaje de Galilea a Jerusalén y que inicia aproximadamente a medio camino con la declaración de Pedro relativa al mesianismo de Jesús. Los otros dos capítulos y medio, que nos llevan a la entrada de Jesús en Jerusalén el Domingo de Ramos se refieren al significado de seguir a Jesús, siendo un auténtico discípulo.

Marcos desarrolla este tema añadiendo algunos otros subtemas:

- seguir a Jesús significa seguirlo en el 'camino'
- el 'camino' conduce a Jerusalén
- Jerusalén es el lugar de enfrentamiento con las autoridades
- Jerusalén es el lugar de la muerte y de la resurrección.

Inmediatamente después de la declaración de Pedro, Jesús habla por primera vez de su destino, afirma que debe ir a Jerusalén y que será condenado a muerte por las autoridades:

Y comenzó a enseñarles que el Hijo del hombre debía sufrir mucho, ser rechazado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, ser asesinado y resucitar a los tres días. (Mc 8,31).

Este es el llamado "primer anuncio de la pasión", seguido de otras dos declaraciones más solemnes que anticipan la sentencia a muerte y la ejecución de Jesús. El segundo anuncio aparece en el capítulo sucesivo:

Instruía a sus discípulos y les decía: «El Hijo del hombre está por ser entregado en manos de los hombres; lo matarán; y a los tres días de haber muerto resucitará " (Mc 9, 31)

Y la tercera vez resuena en el capítulo sucesivo. Jesús y sus discípulos "estaban en camino hacia Jerusalén", Jesús dice:

“Mientras iban de camino subiendo a Jerusalén, Jesús iba delante de ellos; ellos estaban sorprendidos y los que le seguían tenían miedo. Tomó otra vez a los Doce y comenzó a decirles lo que le iba a suceder: "Miren que subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los sumos sacerdotes y a los escribas; lo condenarán a muerte y lo entregarán a los paganos, se burlarán de él, lo escupirán, lo azotarán y lo matarán; y a los tres días resucitará” (Mc 10, 32-34)

Las autoridades del Templo, definidas como los sumos sacerdotes y los escribas, entregarán a Jesús a los paganos, es decir, a las autoridades imperiales, quienes lo matarán.

Todos estos anuncios de la ejecución de Jesús son consecuencia de su enseñanza y de lo que significa seguirlo. Después del primer anuncio, dirigido tanto a los discípulos como a la multitud, Jesús dice: " Convocó a la multitud junto con sus discípulos y les dijo:" Si alguien quiere venir detrás de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame" (Mc 8, 34); para la primera comunidad cristiana la cruz tenía dos significados, por un lado representaba la condena de muerte imperial, solo las autoridades imperiales mataban a alguien con la crucifixión y solo por determinado tipo de crimen: la negación de la autoridad imperial.

La cruz en ese entonces, no significaba el símbolo del sufrimiento, mientras que hoy cuando uno se ve afectado por una enfermedad o alguna dificultad se dice que "lleva la cruz"; en aquel momento indicaba más bien arriesgar la condena de muerte por una sentencia imperial.

Por otro lado, la cruz en los tiempos de Marcos también significaba el símbolo del "camino" o "camino" de muerte y resurrección, de entrar en una nueva vida muriendo a la vida vieja. También encontramos en S. Pablo la cruz como el camino de transformación. Lucas añade la palabra "cotidiana" para fortalecer nuestra comprensión del hecho que la cruz es el camino de nuestra transformación personal (Lc 9,23).

Después del segundo anuncio de su condena a muerte en Jerusalén, Marcos narra que Jesús preguntó a sus discípulos: "¿Qué discutían por el camino?". Al saber que estaban discutiendo sobre quién era el más importante, añade: "Entonces, sentándose, llamó a los Doce y les dijo:" Si alguien quiere ser el primero, sea el último y el servidor de todos". (Mc 9,35). El contraste entre el primero y el último está conectado a otra contraposición paradójica presente en las enseñanzas de Jesús: los que se exaltan serán humillados y los que se humillan serán exaltados. Los que se creen, se enorgullecen y se engrandecen serán humillados, mientras que los que se humillan serán ensalzados (Mt 23,12). Este es el camino para seguir a Jesús.

El tercer anuncio de la muerte de Jesús, más amplio y detallado, es seguido del relato más largo y preciso de lo que significa seguir a Jesús. Santiago y Juan, dos de los apóstoles más cercanos, piden poder sentarse en los lugares de honor en el reino que está por llegar. Jesús responde: "¿Pueden beber el cáliz que yo voy a beber o ser bautizados con el bautismo que voy a recibir?" (Mc 10,38) El cáliz y el bautismo son imágenes de la muerte, de hecho más adelante en el evangelio de Marcos, cuando Jesús encuentra la muerte, lo define como su "cáliz" (Mc 14, 36). El bautismo en las primeras comunidades cristianas era considerado como el rito que representaba la muerte y el renacer a la nueva vida en Jesús. La pregunta de Jesús significaba: "¿Están listos para seguirme en el camino de la muerte y la resurrección?" El texto continúa y después de las imágenes del cáliz y del bautismo, Jesús dice: Entonces Jesús, llamándolos a sí, les dijo: «Ustedes saben que los que son considerados jefes de las naciones los dominan y sus grandes ejercen poder sobre ellos. Pero entre ustedes sea así; quien quiera ser grande entre ustedes será vuestro servidor, y quien quiera ser el primero entre ustedes será el servidor de todos " (Mc 10, 42-44)

El sistema de poder, descrito como "de los gentiles" en el que existen "los líderes de las naciones", no debía existir entre los que siguen a Jesús.

Para marcar la centralidad de estos capítulos que hablan sobre lo que significa seguir a Jesús, Marcos lo enmarca con dos historias relacionadas al volver a **ver** del hombre ciego que recupera la vista.

Al inicio, justo antes de la afirmación de Pedro en Cesárea de Filipo, Jesús impuso sus manos sobre un ciego en Betsaida "y recuperó la vista y vio claramente". Y al final, cuando Jesús atraviesa Jericó y se acerca a Jerusalén, Bartimeo, un mendigo ciego, busca a Jesús:

Llegaron a Betsaida, donde le trajeron un ciego pidiéndole que lo tocara. Tomó al ciego de la mano, lo conduce fuera del pueblo y, después de poner saliva en los ojos, le impuso las manos y le preguntó: "¿Ves algo?" Él levantando los ojos, dijo: "Veo a los hombres, cómo árboles que caminan". Volvió a imponer sus

manos sobre sus ojos y el vió claramente y fue sanado y veía a distancia las cosas. Jesús lo mandó a su casa diciendo: "No entres en el pueblo".

Cuando llegaron a Jericó junto con los discípulos y una gran multitud, el hijo de Timeo, Bartiméo, ciego, estaba sentado en el camino mendigando. Cuando escuchó que era Jesús de Nazaret, comenzó a gritar: "Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí". Muchos lo regañaron para silenciarlo, pero él gritaba más fuerte: "Hijo de David, ten piedad de mí".

Entonces Jesús se detuvo y dijo: «¡Llámenlo!». Y llamaron al ciego diciendo: «¡Ánimo! ¡Levántate, te llama!». Este tiró la capa, se levantó de un salto y se acercó a Jesús, entonces Jesús le dijo: "¿Qué quieres que haga por ti?". Y el ciego respondió: "Rabbuní, que pueda recuperar la vista" Y Jesús le dijo: "Ve, tu fe te ha salvado". E inmediatamente recuperó la vista y comenzó a seguirlo por el camino. (Mc 8, 22-26; 10, 46-52).

La situación y el significado son claros: ver significa que el camino implica seguir a Jesús en Jerusalén.

Hay dos temas que conducen al Domingo de Ramos: el primero es el auténtico discipulado y la consecuencia de seguir a Jesús hasta Jerusalén, un lugar de enfrentamiento con el sistema de poder; y el segundo tema es la muerte y la resurrección. Estos son los argumentos que guiarán la semana que acaba de comenzar, la Semana Santa, las dos cuestiones principales de la Cuaresma y de la vida cristiana.

Al final de este capítulo sobre el domingo y las dos procesiones que inauguran la Semana Santa, desearía advertir sobre posibles malentendidos en relación al conflicto que condujo a la crucifixión de Jesús.

La crucifixión de Jesús no ocurrió debido al contraste entre Jesús y el judaísmo. La mayoría de los estudiosos, especialmente en estos últimos veinte años, señalan que Jesús debe ser considerado dentro del judaísmo y no contra el judaísmo. Jesús era parte del pueblo judío y nunca se apartó de él.

El conflicto no está relacionado con el sacerdocio y el sacrificio, como si su pasión, su deseo hubiese sido protestar contra el papel de la mediación sacerdotal o contra los sacrificios de animales, si fuese así su protesta hubiese sido contra el sistema de poder que encontró legitimación en el nombre de Dios, un sistema de poder radicalmente diferente del existente y que hubiese llegado a plenitud con el reino de Dios, el sueño de Dios. No se trata de Jesús contra el judaísmo o del judaísmo contra Jesús, pero su voz era una voz judía, una de las muchas del primer siglo que se reclamaban la lealtad al Señor del judaísmo, y para los cristianos esta es la voz fundamental.

Dos procesiones entraron ese domingo en Jerusalén. La misma pregunta, la misma alternativa, enfrentan aquellos que quieren ser fieles a Jesús hoy. ¿De

cuál procesión quieres ser parte? ¿De cuál procesión eres parte? Esta es la pregunta del Domingo de Ramos y de la semana que sigue.

Preguntas para reflexionar

Este capítulo contiene informaciones para comprender el resto de capítulos y de los acontecimientos de la última semana de Jesús.

1. ¿Cuáles son las dos procesiones del Domingo de Ramos y qué representan?
2. Un tema importante es el rol de Jerusalén y su ambigüedad.
 - ¿Por qué Jerusalén es importante para la Biblia y para el Judaísmo?
 - ¿Cuál era el rol que Jerusalén tenía en el tiempo de Jesús?
 - ¿Cuál era el rol de Pilato en el gobierno de la ciudad?
 - ¿Cuál era la situación económica en Tierra Santa en el tiempo de Jesús?
3. ¿Cuál es el rol de Jerusalén en el evangelio de Marcos?
4. ¿Qué impresión has recibido de la figura de Jesús después de la lectura de este capítulo?